



Clausura de la Semana de Pastoral 2012

San Pablo comienza la carta a los Romanos diciendo que el Evangelio “*es fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree*” (Rom 1,16), “*y se refiere a su Hijo, nacido de la estirpe de David según la carne, constituido Hijo de Dios en poder según el Espíritu de santidad por la resurrección de entre los muertos: Jesucristo nuestro Señor*” (Rom 1, 3-4). Después de este primer anuncio en el capítulo 1, se refiere en el capítulo 10 a la necesidad de la predicación para llegar a la fe y a la salvación y concluye diciendo: “*Así pues, la fe nace del mensaje que se escucha, y la escucha viene a través de la palabra de Cristo*” (Rom 10, 17). Pero deja constancia de un hecho comprobado, al afirmar que “*no todos han prestado oídos al Evangelio*” (Rom 10, 16).

En la carta a los Hebreos podemos leer que “*la palabra de Dios es viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo; penetra hasta el punto donde se dividen alma y espíritu, coyunturas y tuétanos; juzga los deseos e intenciones del corazón*” (Heb 4,12).

La generalidad de los miembros de la Iglesia no ofrecemos signos de tener experiencia suficiente y de estar del todo convencidos de la fuerza y eficacia de la palabra de Dios. Tal vez por ello, Benedicto XVI, en la Exhortación Apostólica *Verbum Domini*, sobre la palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia, nos ha indicado “*algunas líneas fundamentales para revalorizar la Palabra divina en la vida de la Iglesia, fuente de constante renovación, deseando al mismo tiempo que ella sea cada vez más el corazón de toda actividad eclesial*” (VD 1). Más en concreto, el Papa exhortaba “*a todos los fieles a reavivar el encuentro personal y comunitario con Cristo, Verbo de la Vida que se ha hecho visible, y a ser sus anunciadores para que el don de la vida divina, la comunión, se extienda cada vez más por todo el mundo... No hay prioridad más grande que esta: abrir de nuevo al hombre de hoy el acceso a Dios, al Dios que habla y nos comunica su amor para que tengamos vida abundante (cf. Jn 10,10)*” (VD 2).

Podemos considerar que estas palabras del Papa describen un aspecto esencial del proyecto eclesial de la nueva evangelización, sobre la que reflexionado en esta Semana de Pastoral, que ahora concluimos.

La Palabra de Dios hoy proclamada puede ayudarnos a discernir las condiciones para nuestro encuentro personal con la Palabra de la Vida y también para llevar a cabo con mayor impulso y autenticidad nuestra misión de anunciadores.

Jesús compara la palabra de Dios con una semilla. La semilla no manifiesta en su apariencia externa la gran fuerza que posee en su interior, su capacidad de dar origen a



una nueva planta. Más para ello es necesario que sea enterrada en la tierra y se corrompa. Jesús dice lo mismo de su propia persona, comparada con el grano de trigo: *“si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto”* (Jn 12, 24). **Jesús es el grano de trigo, es la semilla que encierra en su misma persona la fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree.**

La primera lectura, tomada del profeta Isaías, nos dice que la palabra de Dios produce siempre su efecto. El profeta no la compara con la semilla, sino con la lluvia. La lluvia y la nieve bajan del cielo y riegan la tierra, la fecundan y hacen germinar las semillas. Así es la palabra de Dios: hace su voluntad y cumple su encargo.

Jesús es el sembrador de la palabra de Dios: ha venido a comunicarnos la palabra de Dios; más aún, Él mismo es esta Palabra de Dios, el Evangelio de Dios. Pero nosotros debemos abrirle las puertas de nuestros oídos y de nuestros ojos, para oír y escuchar y convertirnos; para ver y entender con el corazón. Éste es el punto decisivo. La palabra tendrá siempre un efecto, que podrá ser positivo a negativo. Jesús afirma en el Evangelio de Juan: *“La palabra que yo he dicho lo juzgará [a quien me rechaza] el último día”* (Jn 12,48). Quien no se abre a la Palabra será juzgado por ella. **Los discípulos, en cambio, son dichosos**, porque han visto y oído lo que muchos profetas y justos desearon ver y no lo vieron, oír y no lo oyeron. A ellos se les ha concedido la gracia de *“conocer los secretos del Reino de los Cielos”*.

La parábola del sembrador habla de la semilla que cae en diferentes tipos de terreno. Se trata de una especie de parábola en acto: cuando Jesús dice que *“salió el sembrador a sembrar”*, está hablando de su propia siembra de la palabra del Reino en aquellos que lo escuchan desde la orilla, de modo que está también describiendo la acogida o el rechazo de la palabra por parte de ellos. Por eso dirige a la inteligencia de sus corazones la exhortación: *“El que tenga oídos, que oiga”*.

En la Palestina de aquella época, los agricultores sembraban esparciendo la simiente en abundancia en todas partes antes de arar el terreno. Así, dice Jesús, una parte de la simiente cae en el camino, donde es comida por los pájaros; otra cae entre las piedras y germina pronto, pero al salir el sol enseguida se seca por falta de raíces; otra cae entre zarzas que muy pronto la sofocan; finalmente, otra cae en tierra buena y produce fruto, el ciento, el sesenta, el treinta por uno.

Después Jesús explica a los discípulos en privado el significado de lo que acababa de contar, indicándoles cómo deben escuchar la palabra de Dios anunciada por él, para darles a *“conocer los secretos del reino de los cielos”*. Pero los cuatro terrenos de los que habla Jesús están todos, a veces unos, a veces otros, en nuestro único corazón. Representan las cuatro posibles respuestas a la Palabra. Es necesario, en primer lugar, entenderla, “saborearla” atentamente e interiorizarla; de lo contrario, el Maligno enseguida se la lleva de nuestro corazón. Una escucha superficial no es verdadera escucha, no fructifica, como le sucede a la semilla caída en el camino. Es necesario,



además, perseverar en la escucha. Es fácil acoger la Palabra con alegría por un tiempo, lograr que produzca fruto durante una temporada, como la semilla entre las piedras. Pero así se es persona “de un momento de emoción y sentimiento”, sin raíces, incapaz de hacer frente a la prueba del tiempo y a las tribulaciones que la escucha auténtica comporta. Es preciso también luchar contra los seductores ídolos del mundo, en especial contra el de la acumulación de riquezas; de lo contrario, la Palabra queda sofocada como la semilla que cayó entre zarzas y no llega a producir el fruto de una fe madura. Finalmente, dice Jesús, “la semilla que cayó en tierra buena es como el que oye el mensaje y lo entiende; éste da fruto, sea ciento, sesenta o treinta”. Tal cosa sucede con la escucha de la Palabra “*con un corazón noble y generoso*” (Lc 8, 15), que se guarda de esa enfermedad que la Escritura considera tan peligrosa: la dureza de corazón (cf. Dt 10, 16).

Con esta parábola nos exhorta Jesús a una escucha diaria y perseverante, que prepara todo para que la palabra de Dios pueda actuar en nosotros. Pues es necesario ser concientes de que la Palabra es siempre eficaz (cf. Is 55, 10-11; Heb 4, 12-13) y su poder no deja nunca en la misma situación aquello que encuentra. Frente a ella no se puede ser neutral o indiferente: o la acogemos y nos convertimos, o la rechazamos, lo cual hace que nuestro corazón se endurezca aún más, como dice Jesús citando a Isaías (cf. Is 6, 9-10). Lo mismo que sucede con relación a la persona de Jesús, pues él es la Palabra hecha carne, el misterio del reino de los cielos. De la comunión con él depende la fecundidad de nuestra vida.

El significado de la parábola del sembrador se complementa con la enseñanza de la parábola de la cizaña, que el enemigo siembra en el campo, en el que el dueño había sembrado semilla buena (Mt 13, 24-30). El trigo y la cizaña crecen juntos hasta el final de los tiempos. Al explicar esta parábola a los discípulos (Mt 13, 36-43), Jesús les dice que “*el que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre; el campo es el mundo; la buena semilla son los ciudadanos del reino; la cizaña son los partidarios del Maligno*” (Mt 13, 37-38). Subrayamos esta frase: **la buena semilla son los ciudadanos del reino.**

Así pues, los ciudadanos del reino somos el fruto de la siembra que Jesús hace de su palabra en la tierra buena y, además, somos la buena semilla que el mismo Jesús planta en su campo, es decir, en el mundo hasta el final de los tiempos. La palabra de Jesús sembrada en nosotros, es decir, anunciada, escuchada, entendida, meditada e interiorizada en nuestro corazón, nos hace discípulos auténticos y dichosos, nos convierte en luz del mundo en Cristo Luz, sal de la tierra, levadura y fermento para la transformación del mundo en reino de Dios. La palabra de Jesús escuchada y creída nos transforma en anunciadores y testigos de esa misma palabra. Con la fuerza de su Espíritu santifica nuestra vida y acompaña nuestra palabra, para que seamos sus testigos (cf. Hch 1,8).

Jesús, el grano de trigo caído en tierra y muerto, nos hace trigo limpio de su granero, nos siembra en el campo del mundo para que seamos ciudadanos del reino de Dios. Para



Carlos López Hernández

ello, tenemos que asumir con alegría que el anuncio de palabra y el testimonio del Evangelio con la vida, se acredita dejándolo todo por Señor, amando y entregando la vida por los hermanos como Jesús lo hizo, siguiendo a Jesús con la cruz, perdiendo la vida por él para ganarla en él. Este camino del discipulado requiere un aprendizaje diario, que brota del encuentro vivo con Jesús en su Palabra y en su Eucaristía, y se manifiesta en la fe viva que obra por el amor y nos hace capaces de alegrarnos también cuando, en el seguimiento fiel de Jesús, compartimos sus padecimientos, como exhortaba la primera carta de Pedro a los primeros cristianos (cf. 1 Pe 4, 13), de acuerdo con el Evangelio de las bienaventuranzas (cf. Mt 5, 10- 12).

Salamanca, 22 de septiembre de 2012